

El cine en *Crisis*

¿Crisis?, ¿Qué crisis?

Fernando Gracia

La tecnología ha cambiado el modo de consumir cine.



La ciudad (Miguel Brunet)

Hace poco más de cuarenta años, Supertramp, un grupo de lo que entonces se denominaba rock progresivo, publicaba una canción que tituló *Crisis, what crisis?*, que en plan castizo podríamos traducir como ¿Quién habla de crisis?, y si es intercalando un leve taco en el medio, aún mejor.

Y es que el sustantivo que da nombre a nuestra querida revista está en las conversaciones y en los artículos más o menos periodísticos desde tiempo inmemorial, y si nos circunscribimos a los asuntos más o menos artísticos, aún más, si cabe.

Ya el mundo de la música intuía que lo estaba, a pesar de que todavía se vendían discos. Sigue habiendo cantantes y grupos musicales, se siguen haciendo discos, pero ya me dirán cuántos se venden. Vamos, que no hay nada nuevo bajo el sol y que a poco que echemos la vista atrás siempre se ha hablado con nostalgia de supuestos “viejos tiempos” ya periclitados.

Pero toca hablar del cine y de su tan mencionada crisis y algo habrá que decir al respecto. Si echamos mano de las estadísticas y nos referimos sobre todo a la asistencia a las salas, es evidente que la industria del séptimo arte ha vivido tiempos mejores, pero eso son solo números, no tiene por qué referirse esta manifestación en tanto en

cuanto a veces también es arte.

Pensemos en otras épocas y hablemos solo de lo que hemos visto, al menos los que ya no tenemos que enseñar el carnet para que nos cobren precio de mayores. En las décadas de los cincuenta, sesenta y algo de los setenta disponíamos de cines de estreno como el Palafox, Rex, Coliseo, Goya, Fleta, por citar algunos, todos ellos situados en el centro; también de cines de continuación de estreno, como Gran Vía, París, Alhambra, Actualidades o Argensola; y finalmente de un nutrido grupo de cines de barrio o de circuito, rebautizados por unos amigos míos de la Tertulia Perdiguier como “coliseos de las ratas”.

“ El cine era uno de los pocos sitios donde las clases populares podían entretenerse pagando un dinero asumible. ”

Esas diferencias de función así como la categoría de sus instalaciones, incluyendo aquí la comodidad —en muchos casos supuesta— de sus butacas, se traducían en una gama de precios que iba desde el bastante caro de los primeros, al menos para las

economías modestas y las nuestras de chiquillos o jóvenes, y las realmente baratas de los últimos.

Se llegaba al caso de que el precio de los más humildes coincidía con frecuencia con el que se pagaba por un buen bocadillo de calamares, esos cuyo aroma nos asaltaba paseando por el Tubo y alledaños. Tal era así que en mi caso se dio a veces la disyuntiva planteada por mi padre de tener que elegir entre cine o bocadillo, parafraseando el famoso libro de Cabrera Infante ¿Cine o sardina?

El cine era uno de los pocos sitios donde las clases populares podían entretenerse pagando un dinero asumible. Me consta que buen número de las personas que llenaban en aquellos tiempos las salas lo hacía lisa y llanamente por pasar un rato, poder hacer manitas con la pareja, estar calentito, y poco más. No quiere decir que no hubiera grandes aficionados, gente interesada por este espectáculo en tanto en cuanto puede llegar a ser un arte en ocasiones, que lo había, y aún diría yo que con mejor nivel que actualmente, pero el paso del tiempo ha demostrado que no eran —éramos— tantos. Porque ese segmento de población ha —hemos— seguido yendo aun habiéndonos hecho mayores y disponiendo de otras posibilidades igual que las tienen los que ya no van.

El personal llenaba las salas y en un gran porcentaje se echaba al cuerpo lo que fuera. El cine no competía con la tele, que hasta principios de los sesenta no se asomaría a nuestras vidas, y que cuando se asomó tardó bastante en programar películas. Había teatro, claro, siempre más caro por razones obvias. Y claro está, en eterna crisis; de hecho la suya ya dura varios milenios si nos atenemos a lo que siempre han dicho sus profesionales. Y había bailes, claro, pero las discotecas, y por tanto una forma diferente de ver esta diversión no llegarían hasta finales de los sesenta. Y bares, evidentemente, pero de entrada la juventud no los había colonizado y, desde luego, había muchos menos.

Total, que el cine vivía sus años dorados desde el punto de vista económico. Las películas, como siempre ha ocurrido; al principio, más tarde, después, ahora y seguramente seguirá siendo, eran de todo tipo: buenas, muy buenas, regulares, malas e incluso execrables. Pero el negocio funcionaba. Y el negocio aguantó la llegada de las teles. Y se estremeció cuando se inventaron los videos y cuando las cadenas de televisión empezaron a poner cine y peor aún cuando las retransmisiones futbolísticas inundaron las cadenas, y...

Y cuando se dieron cuenta del todo, la crisis no había quien la discutiera. Pero era crisis de taquilla en las salas, no en cuanto a visionado de películas, porque en el ínterin se había impuesto la digitalización y lo que algunos vieron como la gran panacea se volvió contra la cara de muchos y se dieron cuenta que habían metido el enemigo en casa. El personal aprendió pronto que podía ver multitud de películas sin pasar por taquilla, y bordeando la ilegalidad y cayendo muchas veces en ella, y durante mucho tiempo aprovechándose de la alegalidad, se hartó de “consumir” cine, que como cualquiera puede darse cuenta no tiene nada que ver con “ver”, y las salas acabaron por verse como están ahora.

Yo no me atrevería a calificar esta situación como de crisis. Simplemente el mercado se ha movido y la gente ve las películas de otras formas, desgraciadamente para el negocio sin pasar por taquilla en muchas ocasiones. Creo que se ve más cine que nunca, lo que tampoco quiere decir que se vea mejor cine. No creo que su vertiente artística tenga nada que ver con esto. Se siguen haciendo buenas películas, como siempre ha ocurrido, pero mucha gente no las ve en las salas, en ocasiones simplemente porque no puede.

“ Yo no me atrevería a calificar esta situación como de crisis. Simplemente el mercado se ha movido y la gente ve las películas de otras formas. ”

Un estreno cualquiera se puede ver en una ciudad de tamaño medio o grande en varias salas al mismo tiempo. Se explota correctamente durante una semana; a la siguiente es muy probable que permanezca con una sola sesión programada, y a la tercera tiene grandes posibilidades de desaparecer de la programación. Los cines de barrio cerraron décadas atrás, todos los cines cuestan lo mismo, su precio sigue siendo razonable pero las nuevas generaciones se han acostumbrado —y les han incitado— a consumir comida basura dentro de las salas y suman ese coste al de las entradas. Total, que hay quien se queja por este lado ya que suman todos los sumandos.

Muchas ciudades pequeñas y no digamos los pueblos han visto cómo las salas desaparecían, por lo que si llegan estrenos son escasos y casi siempre limitados a lo más comercial y de peor calidad. No les queda más remedio que acudir a otras vías. El problema para el negocio es que estas vías sean ilícitas, y desgraciadamente nuestro país ocupa un destacado lugar como tramposo.

Vivimos en unos tiempos

donde los cambios se producen de forma muy rápida. La tecnología ha invadido nuestras vidas, el tiempo dirá si para bien o no tanto. Y el cine no ha sido ajeno a estos movimientos. La digitalización que permitió que cualquiera hiciera una copia de un disco o una película con un coste irrisorio, una de las causas del descenso de ventas de discos o películas, ha permitido por otra parte abaratar costo en las filmaciones, al sustituir el celuloide por lo digital. Hacer una película sigue siendo caro, evidentemente, pero nadie puede discutir que ahora lo es menos. Y que estas facilidades han permitido a muchos autores lanzarse a la creación cinematográfica, aunque gran parte de ella sea complicado hacerla llegar a las salas. Otra cosa es conseguir que se vea, porque hay otros medios para ello, aunque demoran la recuperación de su inversión, si esta llega.

Como diversión popular es evidente que ha perdido la hegemonía, pero en absoluto su aceptación. Como arte creo que no está en mal momento. Sigue habiendo buenos aficionados y estos tienen más oportunidades que nunca para revisar títulos y acceder por vías lícitas a aquel cine que les interesa. Otra cosa es que este grupo no resulte muy nutrido y lo que hace cifra y a la postre mantiene el tinglado es la masa y no se entienda la expresión de forma peyorativa... aunque a veces sí.

Y es que no debemos engañarnos. Auténticos aficionados nunca ha habido demasiados. Todos esos que van alegando que “ya no se hacen películas como las de antes”, que no se ven más que “españoladas” y excusas similares, realmente iban al cine porque a algún sitio había que ir, pero en el fondo ni les interesa ni les gusta ni lo entienden.

No es que haya que rasgarse las vestiduras por ello. Sobre gustos no hay disputas. Simplemente hay que hacerles ver que en sus años de espectadores no hacían más que matar el rato.

¿Crisis? Ni sí ni no, sino todo lo contrario, como decía Tono en su comedia.